

XIII

El espía enamorado

Canolles no sabía aun qué determinar; así, pues, al entrar en su aposento se puso á pasear á lo largo y á lo ancho, como suele hacerlo quien está indeciso, sin ver que Castorin, que esperaba su regreso, se había levantado al verle entrar, y le seguía con una bata extendida en las manos, detrás de la que se ocultaba.

Castorin tropezó con un mueble, y Canolles se volvió hacia él.

— ¿Qué haces ahí con esa bata?

— Espero que os desnudéis.

— No sé cuándo lo haré. Pon esa bata sobre un sillón, y espera.

— ¡Cómo, señor! ¿no os desnudáis? preguntó Castorin, criado naturalmente terco, que esta noche parecía más indigesto que de costumbre. Pues qué, señor, ¿no tratáis de acostaros en seguida?

— No.

— ¿Pues cuándo piensa el señor acostarse?

— ¡Qué te importa!

— Me importa demasiado, como que estoy muy cansado.

— ¡Ah! ¿de veras! dijo Canolles parándose y mirando á la cara á Castorin; ¿estás muy cansado?

Y el caballero leyó visiblemente en el semblante de su lacayo esa impertinente expresión de los criados que desean se les despida.

— ¡Muy cansado! dijo Castorin.

Canolles se encogió de hombros.

— Sal, le dijo, y espera en la antesala; cuando te necesite, llamaré.

— Os advierto, señor, que si tardáis mucho, no me encontraréis en la antesala.

— ¿Y tendrá el señor Castorin la bondad de decirme á dónde irá?

— Á mi cama. Me parece que cuando se han caminado doscientas leguas, es ya hora de acostarse.

— Señor Castorin, me parece que sois un bergante.

— Si cree el señor que un bergante no es digno de ser su lacayo, no tiene más que decir una palabra, y le des- embarazaré de mi servicio, respondió Castorin adoptando el aire más majestuoso.

En aquel momento no era la paciencia la virtud que más dominaba á Canolles; y si Castorin hubiera tenido la facultad de entrever solamente alguna pequeña parte de la tempestad que se condensaba en el alma de su amo, es evidente que por mucho que le apremiase el deseo de verse libre, habría esperado otra ocasión para hacerle la proposición que acababa de aventurar. El caballero se dirigió directamente hacia él, y cogiendo uno de los botones de su justillo entre el pulgar y el índice, movimiento que llegó más tarde á hacerse muy familiar en un hombre más grande que lo fuera jamás el pobre Canolles, dijo:

— Repítelo.

— Repito, contestó Castorin con la misma osadía, que si no está el señor contento de mí, le evitaré el disgusto de mis servicios.

Canolles soltó á Castorin y se dirigió con gravedad á tomar su bastón. Castorin comprendió de lo que se trataba, y exclamó :

— ¡ Señor, tened cuidado con lo que vais á hacer ! Yo no soy un simple lacayo : estoy al servicio de la señora princesa.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! pronunció Canolles bajando el bastón ya levantado. ¡ Ah ! ¿ estás al servicio de la señora princesa ?

— Sí, señor ; hace un cuarto de hora, dijo Castorin enderezándose.

— ¿ Quién os ha contratado á su servicio ?

— El señor Pompeyo, su mayordomo.

— ¡ El señor Pompeyo !

— Sí.

— ¡ Bah ! ¿ Y por qué no me has dicho eso en seguida ? exclamó Canolles. Sí, sí ; tienes razón en dejarme, querido Castorin : toma dos doblones en indemnización de los palos que he estado á punto de darte.

— ¡ Oh ! prorrumpió Castorin, no atreviéndose á tomar el dinero : ¿ qué significa esto ? ¿ Os burláis de mí, señor ?

— No : todo lo contrario. Sé en buen hora lacayo de la princesa. Pero dime, ¿ cuándo debe empezar tu servicio ?

— Desde el instante en que el señor me deje en libertad.

— Pues bien, yo te dejaré en libertad mañana por la mañana.

— ¿ Y de aquí á mañana ?

— De aquí á mañana eres todavía mi lacayo, y estás obligado á obedecerme.

— ¡ Con mucho gusto ! ¿ Qué tiene V. que mandarme, señor ? dijo Castorin decidido á tomar los dos doblones.

— Te mando, ya que tanta gana tienes de acostarte, que te desnudes y te metas en mi cama.

— ¡ Cómo, señor ! ¿ qué queréis decir ? No entiendo...

— No es necesario entender, sino obedecer ; ¿ estamos ? Desnúdate, voy á ayudarte.

— ¡ Cómo ! ¿ Vos ayudarme ?

— Sin duda. Puesto que tú vas á ejecutar el papel del señor de Canolles, justo es que yo ejecute el de Castorin.

Y sin aguardar el permiso de su criado, le quitó el barón el justillo, con el que se vistió, el sombrero, que colocó sobre su cabeza, y dándole dos vueltas á la llave, lo dejó encerrado antes que pudiese volver de su sorpresa, bajando en seguida rápidamente la escalera.

Canolles empezaba á penetrar por último en todo aquel misterio, aunque una parte de los hechos estuviese aun envuelta para él en una oscura nube. En el término de dos horas le había parecido no ser del todo natural cuanto había visto y oído. La actitud de los habitantes de Chantilly era estudiada : toda persona que encontraba le parecía que desempeñaba un papel, y entretanto los pormenores que presenciaba se refundían en una armonía general que indicaba al observador enviado por la reina la necesidad de redoblar su vigilancia, si no quería ser el juguete de alguna grande intriga.

El ser Pompeyo lacayo del vizconde de Cambes, aclaraba muchas dudas, y las que aun le quedaban se disiparon bien pronto, cuando al bajar al patio vió, no obstante la profunda oscuridad de la noche, avanzar cuatro hombres, disponiéndose á entrar por la misma puerta que él acababa de abrir : estos cuatro hombres eran conducidos por el mismo ayuda de cámara que le sirvió de introductor en las habitaciones de las princesas. Detrás de ellos seguía otro hombre embozado en un capa.

Esta gente se detuvo en el umbral de la puerta, esperando las órdenes del hombre de la capa.

— Y sabéis su habitación, dijo éste con voz imperiosa dirigiéndose al ayuda de cámara, y le conocéis, puesto que le habéis conducido. Tened mucho cuidado, y sobre todo que no pueda salir: colocad la gente en lo alto de la escalera, en el corredor, donde queráis; eso importa poco con tal que sin sospechar nada sea él guardado, en lugar de ser él quien guarde á SS. AA.

Canolles se replegó y se hizo más impalpable que una sombra en el ángulo en que la noche proyectaba su más densa oscuridad; desde allí sin ser visto vió desaparecer bajo la bóveda los cinco vigilantes que se le ponían, mientras que el hombre de la capa, después de haberse asegurado de la ejecución de sus órdenes, se marchaba por el mismo camino que había venido.

— Esto no indica aun nada terminante, dijo para sí Canolles siguiéndole con la vista, porque el despecho puede obligarles á darme la revancha; ; por fin, con tal que ese diablo de Castorín no vaya á gritar, llamar ó hacer alguna locura !... Conozco que he hecho mal en no teparle la boca; pero desgraciadamente ya es demasiado tarde. Vamos á empezar la ronda.

Acto continuó, Canolles, después de haber dirigido á su alrededor una mirada inquisitorial, atravesó el patio y se dirigió al ala del edificio detrás de la que estaban situadas las caballerizas.

Toda la animación del castillo parecía haberse refugiado á esta parte de la casa. Oíase el manoteo de los caballos y las carreras de gente apresurada. La silbería resonaba con el continuo choque de los bocados y arneses. Sentíanse rodar los carruajes fuera de las cocheras, y llamarse y responderse con voces medio apagadas

por el temor, pero que podían entenderse muy bien aplicando atentamente el oído.

Canolles permaneció un instante escuchando, y conoció, á no dudar, que se aprestaba todo lo necesario para una marcha.

Atravesó todo el espacio comprendido entre una y otra ala, pasó por debajo de una bóveda y llegó hasta la fachada del castillo.

Allí se detuvo. En efecto, las ventanas del piso bajo brillaban con una luz demasiado viva, para no traslucir que había encendidas en el interior una considerable cantidad de bujías; y como estas luces iban y venían trazando grande sombra y extensas líneas luminosas sobre el césped del jardín, Canolles conoció que estando allí el centró de la actividad, allí debía estar también el foco de la empresa.

Canolles dudó un momento si debería ó no sorprender el secreto que se le trataba de ocultar; pero bien pronto conoció que su título de enviado de la reina, y la responsabilidad que esta misión le imponía, disculpaban muchas cosas, aun en las conciencias más escrupulosas.

Acercóse con precaución andando á lo largo de la muralla, cuya base estaba tanto más oscura, cuanto mayor era el resplandor de las ventanas, situadas á seis ó siete pies del suelo: subió sobre un recantón, del recantón pasó á una saliente de la muralla, con una mano se sostuvo de una anilla, con la otra del borde de la ventana, y por un ángulo del cristal asestó la mirada más penetrante y observadora que se ha introducido jamás en el santuario de una conspiración.

Junto á una mujer en pie, y que clavaba el último alfiler destinado á fijar sobre su cabeza su sombrero de viaje, vó algunas doncellas que acababan de vestir á un niño

en traje de caza. El niño tenía la espalda vuelta á Canolles, de modo que sólo podía distinguir su cabellera rubia. Pero la señora, alumbrada de lleno por dos candelabros de seis brazos que á cada lado del tocador sostenían dos criados de pies, semejantes á dos cariatides, presentó á Canolles el exacto original del retrato que poco antes había visto en la semioscura habitación de la princesa. Allí estaba el rostro oval, la boca severa, la nariz de imperiosa curva de la mujer cuya viva imagen reconocía entonces Canolles: todo daba á demostrar en ella la dominación, su gesto resuelto, su mirada centellante, sus bruscos movimientos de cabeza. Todo denotaba obediencia en los que la asistían, sus saludos, su precipitación en traer el objeto pedido, su prontitud en responder á la voz de su soberana, ó en interrogar su mirada.

Muchos oficiales de la casa, entre los que Canolles reconoció al ayuda de cámara, acomodaban en maletas, cofres y sacos de noche, los unos joyas, los otros dinero, y además el arsenal de las señoras, que comunmente se llama tocador. El joven príncipe, durante este tiempo, jugaba y corría entre los activos sirvientes; pero por una singular fatalidad, Canolles no pudo verle el rostro.

— Ya lo sospechaba, murmuró, se me quiere burlar, pues estas gentes lo están preparando y disponiendo para un viaje. Sí, pero no saben que yo puedo con un gesto cambiar esta escena de actividad en otra de duelo. No tengo más que acudir al terraplén, silvar tres veces con este silvato de plata, y en cinco minutos, atraídos por su acre sonido, habrán penetrado doscientos hombres en este castillo, arrestado á las princesas y maniatado á todos esos oficiales que ahora ríen con tanta sorna. Sí, continuó Canolles, sólo que esta vez hablaba de corazón y no con los labios; sí: ¡pero y ella, que duerme ó finge

dormir alla abajo!... la perderé para siempre; me aborrecerá, y esta vez habré merecido su odio. Es más, me despreciará diciendo que he ejecutado hasta el fin mi oficio de espía; y á pesar de esto, una vez que ella obedece á la princesa, ¿por qué no he de obedecer yo á la reina?

En este momento, como si el acaso hubiese querido combatir aquel cambio de resolución, se abrió una puerta del aposento en que se efectuaba el tocado de la princesa, y entraron por ella dos personas muy alegres y apresuradas, un hombre de cincuenta años y una mujer de veinte. Á su vista el corazón de Canolles se depositó todo en sus ojos. Acababa de reconocer los hermosos cabellos, los frescos labios, la mirada inteligente del vizconde de Cambes, que sonriendo aún, vino á besar respetuosamente la mano de Clemencia de Maillé, princesa de Condé; pero esta vez traía los vestidos propios de su verdadero sexo, y representaba la vizcondesa más deliciosa del mundo.

Habría dado Canolles en aquel momento diez años de vida por oír su conversación; pero en vano aplicaba su cabeza á los vidrios, sólo un rumor ininteligible llegaba hasta su oído. Vió á la princesa hacer un gesto de despedida á la joven, y besarla la frente, recomendándole al mismo tiempo una cosa que hizo reír á todos los circunstantes; además vió á esta última dirigirse á las habitaciones de ceremonia, acompañada de algunos oficiales íntimos, disfrazados con uniformes de oficiales superiores; también vió al digno Pompeyo inflado de orgullo, con un vestido de color de naranja recamado de plata, que doblándose con nobleza y apoyándose, como Jafet de Armenia, en la empuñadura de un enorme espadón, acompañaba á su señora, mientras ésta alzaba graciosamente su largo vestido de raso; después empezó á desfilarse sin ruido por

una puerta de la izquierda la comitiva de la princesa; ésta marchaba en primer término, no con el paso de una fugitiva, sino con el de una reina; detrás iba el escudero Vialas, que llevaba en sus brazos al duquecito de Enghien, cubierto con una capa; luego Lenet con un cofre cincelado y legajos de papeles, y últimamente el capitán del castillo cerraba la marcha, que precedían dos oficiales con espada en mano.

Toda esta gente salió por un pasadizo secreto; Canolles saltó en seguida desde su observatorio al suelo, y se dirigió á la bóveda, en que durante tiempo habia sido apagadas las luces. Entonces vió pasar todo el cortejo, que se encaminó á las caballerizas; ya no quedaba duda de que iban á partir.

En este momento se presentó á la imaginación de Canolles la idea de los deberes que le estaban impuestos por la misión que le habia confiado la reina. La mujer que iba á salir de Chantilly, y á quien él dejaba escapar, era la guerra civil, ya armada, que de nuevo iba á devorar las entrañas de la Francia. Sin duda le era bochornoso, como á hombre, constituirse en espía y guardia de una mujer; era otra señora de Longueville, que habia prendido fuego á los cuatro ángulos de París.

Canolles acudió al terraplén que dominaba al parque, y aplicó á sus labios el silvato de plata.

Un soplo habria bastado para destruir todos aquellos preparativos. La señora de Condé no habria salido de Chantilly, ó si hubiera salido, no anduviera cien pasos sin ser envuelta con su escolta por una fuerza triple. De este modo Canolles cumplía con su misión sin correr el menor peligro; de un solo golpe destruía la fortuna y el porvenir de la casa de Condé, y con el mismo golpe establecía sobre las ruinas de ella su fortuna, fundando su

porvenir, como en otro tiempo lo habian hecho los Vitry y los Luynes, y recientemente los Guitant y los Miossens, en circunstancias tal vez menos importantes aun para la salud del trono.

Pero Canolles alzó la vista hacia el aposento en que tras las cortinas de terciopelo encarnado brillaba dulce y melancólica la luz de la lámpara con que la falsa princesa se alumbraba, y creyó que se dibujaba su sombra quecida sobre las grandes cortinas blancas.

Entonces, todas las resoluciones del raciocinio y los cálculos del egoísmo, desaparecieron ante este rayo de escasa luz, como ante los primeros albores del día se desvanecen todos los sueños y fantasmas de la noche.

— El señor de Mazarino, dijo Canolles para sí con fervor apasionado, es bastante rico para perder todos estos príncipes y princesas que se le escapan; pero yo no soy tan rico para perder el tesoro que desde este momento me pertenece, y que guardaré celoso como un dragón. Ahora queda sola, en mi poder, depende de mí; á cualquiera hora del día y de la noche puedo entrar en su habitación, y no huirá sin decírmelo, porque he recibido su palabra sagrada. ¿Qué importa que sea engañada la reina, y que el señor de Mazarino se enoje! Se me ha ordenado que guarde á la princesa de Condé, y lo hago; pudieran haberme dado sus señas, ó haber enviado cerca de ella un espía más hábil que yo.

Y Canolles volvió á meter el silvato en su bolsillo, escuchó el rechinar de los cerrojos, el ruido que se asemejaba á un trueno lejano de los carruajes sobre el puente del parque, y perderse el murmullo decreciente de una cabalgata á lo lejos. Entonces, cuando objetos y rumores hubieron desaparecido, sin pensar en que acababa de jugar su vida contra el amor de una mujer, ó mejor dicho, con-

tra una sombra de felicidad, pasó al segundo patio, que estaba desierto, y subió con precaución su escalera, sumergida como la bóveda en la más profunda oscuridad.

Por mucha que fuese la precaución de Canolles, no pudo impedir al llegar al corredor el tropezar contra una persona que parecía escuchar á su puerta, y que lanzó un grito sordo de terror.

— ¿Quién sois? ¿quién sois? preguntó el personaje con voz de espanto.

— ¡Eh! ¡pardiez! dijo Canolles; quién sois vos, que os introducís como un espía en esta escalera?

— ¡Soy Pompeyo!

— ¡El mayordomo de la señora princesa!

— Sí, sí, el mayordomo de la señora princesa.

— ¡Ah! Entonces ya es diferente, dijo el caballero. Yo soy Castorin.

— ¡Castorin! ¿el criado del señor barón de Canolles?

— El mismo.

— ¡Ah, mi querido Castorin! dijo Pompeyo. Siento haberos asustado.

— ¿Á mí?

— ¡Sí, por cierto! ¡Ya-se vé, el que no ha sido soldado!... ¡Bah!... ¿Y puedo seros útil en algo, mi amigo? continuó Pompeyo con cierta importancia.

— Sí.

— Decid, pues.

— Podéis anunciar ahora mismo á la señora princesa, que mi amo desea hablarle.

— ¿Á esta hora?

— Precisamente.

— ¡Imposible!

— ¿Cómo tal?

— No lo dudéis.

— ¿Conque es decir que no recibirá entonces á mi amo?

— ¡No!

— De real orden, señor Pompeyo. Id á decirselo así.

— ¡De real orden! exclamó Pompeyo... ¡Voy, voy!

Y Pompeyo bajó impetuosamente la escalera, impelido á la vez por el respeto y el miedo, que son dos lebreles capaces de hacer correr á una tortuga.

Canolles continuó su camino, entró en su aposento, donde encontró á Castorin roncando magistralmente arrellanado en su gran sillón, tomó sus vestidos de oficial, y esperó el suceso que acababa de disponer.

— Á fé mía, dijo entre sí, podré no desempeñar bien los negocios del señor de Mazarino; pero me parece que los míos no van del todo mal.

Esperó Canolles inútilmente la vuelta de Pompeyo; y viendo al cabo de diez minutos que no venía, ni otro en su lugar, resolvió presentarse solo.

En aquel momento despertó á Castorin, á quien una hora de sueño había calmado la bilis, le ordenó con un tono que no admitía réplica estuviese dispuesto para cuanto pudiera ocurrir, y se dirigió á la habitación de la princesa.

Encontró el barón á la puerta un criado de pie y muy mal humorado, porque acababa de llamarle la campanilla en el momento en que, terminados sus quehaceres, creía por último, como Maese Castorin, entregarse á un sueño reparador después de un día de tanta fatiga.

— ¿Qué queréis, caballero? dijo el criado al ver á Canolles.

— Deseo presentarme á la señora princesa de Condé.

— ¿Á esta hora, señor?

— ¡Cómo, á esta hora!

— Sí; me parece bastante tarde.

— ¡ Qué estáis diciendo, bribón !

— No obstante, caballero... balbuceó el lacayo.

— No solicito, quiero, dijo Canolles con un tono de extremada altanería.

— Queréis... Aquí no manda nadie más que la señora princesa.

— El rey manda en todas partes... ¡ De orden del rey !
El lacayo se estremeció y bajó la cabeza.

— ¡ Perdonad, caballero ! repuso temblando ; yo no soy más que un pobre criado, y no puedo por mi mismo adelantarme á abriros la puerta de la señora princesa. Permitidme que vaya á llamar un camarero.

— ¿ Acostumbran los camareros á acostarse en Chantilly á las once ?

— Se ha estado de caza todo el día, repuso el lacayo.

— ¡ Es justo !... murmuró Canolles : necesitan tiempo para vestir de camarero á cualquiera.

Luego añadió alto :

— Está bien, id : esperaré.

El lacayo se fué corriendo á alarmar el castillo, en el que ya Pompeyo, espantado por su mal encuentro, había difundido un indecible pavor.

Cuando Canolles quedó solo prestó una gran atención, y oyó entonces carreras en los salones y corredores inmediatos ; vió á la escasa luz de algunas antorchas medio apagadas colocarse en los ángulos de la escalera hombres armados con mosquetes, y en todas direcciones sintió por último reemplazar un murmullo amenazador al silencio de estupor que un instante antes reinaba en todo el castillo.

Canolles llevó la mano á su silvato y se aproximó á una ventana, y á través de los vidrios percibía destacarse,

como una masa nebulosa, la cima de los corpulentos árboles, á cuyas plantas había hecho emboscar los doscientos hombres que trajo consigo.

— No conviene, dijo reflexionando : esto nos conduciría sin dudarle á un combate que no me tendría cuenta. Más vale esperar ; lo peor que me puede suceder esperando, es el que me asesinen, al paso que llevándome de ligero puedo perderla...

Apenas acababa Canolles de hacer esta reflexión, cuando vió abrirse una puerta y aparecer un nuevo personaje en ella.

— La señora princesa no está visible, dijo el recién venido con una precipitación, que no le permitió saludar al caballero. Está acostada, y ha prohibido que penetre hasta ella ninguna persona, sea quienquiera.

— ¿ Quién sois vos ? dijo Canolles mirando de alto á bajo al extraño personaje : ¿ quién os ha permitido la insolencia de hablar á un caballero con el sombrero puesto ?

Y con la punta del bastón hizo Canolles saltar el sombrero de la cabeza de su interlocutor.

— ¡ Caballero ! exclamó éste dando con energía un paso atrás.

— Os he preguntado quién sois, dijo Canolles.

— Yo soy, respondió aquél, soy, como podéis ver por mi uniforme, el capitán de guardias de S. A.

Canolles se sonrió.

En efecto, había tenido tiempo para apreciar por su aspecto al que le hablaba, y había conocido que se las había con un despensero de ancho vientre, campanudo como sus botellas, un vatel lozano, aprisionado en un justillo de oficial, que por falta de tiempo ó sobra de abdomen, no había podido acabarse de abrochar.

— Está muy bien, señor capitán de guardias, dijo Canolles. Recoged vuestro sombrero y contéstad.

El capitán ejecutó la primera parte del precepto de Canolles, como hombre que conocía aquella linda máxima de la disciplina militar: para saber mandar es menester saber obedecer.

— Capitán de guardias, repuso Canolles. ¡Canario! ese es un magnífico empleo.

— Si, señor, magnífico; ¿y en fin? pronunció el individuo alzándose.

— No os estiréis tanto, señor capitán, dijo Canolles, que vais á romperos hasta la última agujeta, y se pueden caer los calzones hasta las rodillas, que sería una desgracia.

— En fin, caballero, ¿vos, quién sois? dijo á su vez el supuesto capitán.

— Caballero, yo, imitando el ejemplo de urbanidad que me habéis dado, voy á responder á vuestra pregunta como habéis respondido á la mía. Soy capitán del regimiento de Navalles, y vengo en nombre del rey como embajador, revestido de un carácter pacífico ó violento; advirtiéndos que usaré de uno ó de otro, según que se obedezcan ó no las órdenes de S. M.

— ¿Violento, caballero? exclamó el fingido capitán.
¿Un carácter violento?...

— ¡Muy violento, sí! os lo advierto.

— ¿Y contra S. A.?

— ¿Por qué no? S. A. no es más que la primera súbdita de S. M.

— No os aventuréis á usar de la fuerza; pues tengo cincuenta hombres de armas dispuestos á vengar el honor de S. A.

Canolles no quiso decirle que sus cincuenta hombres de armas eran otros tantos lacayos y marmitones, dignos

de servir bajo las órdenes de tal jefe; y que en cuanto al honor de S. A., no había allí que temer, pues á aquella hora corría ya por el camino de Burdeos. Sólo le respondió con esa sangre fría más aterradora que una amenaza, tan habitual á los valientes acostumbrados al peligro:

— Si tenéis cincuenta hombres armados, señor capitán, yo tengo doscientos soldados que componen la vanguardia de un ejército real. ¿Queréis declararos en rebelión contra S. M.?

— No, señor, no; respondió vivamente el hombre gordo en extremo humillado. Libreme Dios; solamente os suplico deis testimonio de que no cedo sino á la fuerza.

— Está bien; eso es lo más que debo hacer por vos en calidad de un compañero.

— En ese caso os conduciré ante la señora princesa madre, que aun no está dormida.

Canolles no necesitó reflexionar para apreciar el peligro que le ofrecía esta asechanza; pero se libró de ella fácilmente con la ayuda de su omnipotencia.

— No tengo orden de ver á la princesa madre, sino á S. A. la princesa joven.

El capitán de guardias bajó de nuevo la cabeza, les hizo hacer un movimiento retrógrado á sus gruesas piernas, arrastró su larga espada por el pavimento, volviendo á salir por la misma puerta por entre dos centinelas, que temblaban durante esta escena, y que al anuncio de la llegada de doscientos hombres habían estado próximos á abandonar el puesto, pues tenían pocos ánimos de ser mártires de fidelidad en el castillo de Chantilly.

Diez minutos después volvió con innumerables ceremonias el capitán, acompañado de dos guardias para conducir á Canolles ante la princesa, en cuya cámara fué introducido sin tener que sufrir nuevas detenciones.

Canolles reconoció el aposento, los muebles, la cama y hasta el perfume que despertaba su memoria; pero en vano buscó dos cosas: el retrato de la verdadera princesa que había visto en su primera visita, y que había iluminado su entendimiento mostrándole los indicios de la burla que trataban de jugarle, y el semblante de la falsa princesa por quien acababa de hacer tan grande sacrificio. El retrato había desaparecido por una precaución algo tardía, y sin duda, en consecuencia de esta misma precaución, el rostro de la persona acostada estaba vuelto hacia la pared con una impertinencia propia de un príncipe.

Cerca de ella y entre la pared y el lecho había dos mujeres en pie.

El caballero habría disimulado sin esfuerzo esta falta de atención; pero como temía que una nueva sustitución no hubiese permitido huir á la señora de Cambes, como había huido la princesa, sus cabellos se erizaron de terror sobre su cabeza, y quiso desde luego convencerse de la identidad del personaje que ocupaba el lecho, llamando en su ayuda el poder supremo de que su misión le revestía.

— Señora, dijo inclinándose profundamente, V. A. me dispensará si me presento así ante ella después de haberla dado mi palabra de esperar sus órdenes; pero acabo de sentir grande ruido en el castillo, y...

La persona acostada se estremeció, pero no contestó una palabra. Canolles trató de indagar si algún indicio le hacía conocer si era aquella la persona que buscaba; pero en medio de los ondulantes flecos, y entre la blanda espesura de plumazones y cortinas, le fué imposible distinguir otra cosa que la forma de una persona acostada... Canolles continuó:

— Y mi obligación me impone el deber de cerciorarme de que este lecho contiene aun la misma persona con quien he tenido el honor de hablar hace media hora.

Esta vez no fué un simple estremecimiento, sino un verdadero movimiento de terror. Este movimiento no se escapó á la observación de Canolles, que se sintió aterrado.

— Si me ha engañado, dijo para sí; si á pesar de la palabra que solemnemente me ha dado, ha huido, salgo al momento del castillo, monto á caballo, me pongo á la cabeza de mis doscientos hombres, y agarro á los fugitivos, aunque tenga que incendiar treinta pueblos para alumbrar mi camino.

Canolles esperó un instante; mas la persona acostada no respondió ni se volvió. No quedaba la menor duda de que se deseaba ganar tiempo.

— Señora, dijo por último el caballero con una impaciencia, que no trataba de disimular; suplico á V. A. recuerde que soy el enviado del rey, y que en nombre del rey reclamo el honor de ver vuestro semblante.

— ¡Oh, esto es una inquisición insoportable! dijo entonces una voz trémula, que hizo estremecer de gozo al joven oficial, porque acababa de escuchar una voz que no podía imitar otra ninguna. Si como decís, caballero, es el rey quien os obliga á conducirnos así, es porque el rey, como niño, aun no conoce los deberes de un caballero: obligar á una mujer á mostrar su semblante, es hacerle el mismo insulto que si se le arrancase la máscara.

— Señora, hay una palabra ante la cual se humillan los hombres cuando procede de los reyes, y que los reyes acatan cuando emana del destino: es indispensable.

— Pues bien, dijo la joven, ya que estoy sola y sin

defensa contra la orden del rey y las exigencias de su mensajero, obedezco ya que es indispensable.* Caballero, miradme.

Entonces un brusco movimiento dividió el antemural de almohadas, cubiertas y randas que defendía á la bella sitiada, y á través de esta brecha improvisada apareció, encendida de pudor más que de indignación, la rubia cabeza y delicioso rostro que la voz había denunciado anteriormente. Con la rapidez del hombre habituado á darse cuenta de situaciones, si no iguales, parecidas al menos, se aseguró Canolles de que no era la cólera quien había hecho bajar aquellos ojos circundados de sedosas pestañas, ni quien hacía temblar aquella blanca mano que sujetaba sobre un cuello de nácar los rizos de una cabellera fugitiva y la batista de unos lienzos perfumados.

La fingida princesa permaneció un instante en esta posición, que habría querido hacer amenazadora, y que sólo era irritada; mientras que Canolles la miraba respirando deliciosamente y comprimiendo con ambas manos los latidos de su corazón, que saltaba de gozo.

— ¡Y bien, caballero! dijo al cabo de algunos segundos la bella perseguida; ¿es bastante la humillación? ¿Me habéis examinado ya á vuestro gusto? Sí, ¿no es cierto? ¡Vuestro triunfo es completo! Pues bien, sed al menos vencedor generoso. Retiraos.

— Quisiera obedeceros, señora, pero debo llenar mis instrucciones hasta el fin. Hasta ahora no se ha llenado más que la parte de mi misión que á V. A. concierne; pero no es suficiente haberos visto, es menester que vea yo ahora al señor duque de Enghien.

Á estas palabras, pronunciadas con el tono propio de un hombre que sabe tiene el derecho de mandar y que quiere ser obedecido, sucedió un silencio profundo. La

súpuesta princesa se incorporó, apoyándose en la mano, y fijó en Canolles una de esas miradas extrañas que parecía no pertenecer más que á ella. ¡Contenia tantas cosas distintas á la vez! Esta mirada quería decir: ¿Me habéis conocido, sabéis quién soy realmente? Si lo sabéis, dejadme, perdonadme; vos que sois el más fuerte, ¡tened piedad de mí!

Canolles comprendió todo cuanto esta mirada contenía; pero resistiendo á su elocuencia seductora, respondió á la mirada con la voz:

— Me es imposible, señora. La orden es terminante.

— Hágase todo cuanto queráis, caballero, una vez que no tenéis condescendencia alguna con el rango ni con la posición. Seguid á estas damas, que os conducirán cerca del príncipe mi hijo.

— ¿No podrían estas damas, dijo Canolles, traer vuestro hijo aquí, en lugar de conducirme cerca de él, señora. Me parece que esto sería mucho mejor.

— ¿Y por qué, caballero? preguntó la fingida princesa, mucho más inquieta de esta nueva demanda que lo había estado de ninguna de las otras.

— Porque durante este tiempo haría partícipe á V. A. de un extremo de mi misión, que no puede comunicarse sino á vos sola.

— ¿Á mí sola?

— Á vos sola, respondió Canolles con una cortesía más profunda que ninguna de cuantas hasta entonces había hecho.

Esta vez, la mirada de la princesa, que sucesivamente había pasado de la dignidad á la súplica, y de la súplica á la inquietud, se fijó en Canolles con la firmeza del terror.

— ¿Qué hay en esta entrevista que pueda asustaros,

señora? dijo Canolles. ¿No sois vos una princesa y yo un caballero?

— Sí, tenéis razón, y yo hago mal en temer; si: aunque tengo el gusto de veros por primera vez, la fama de vuestra delicadeza y lealtad ha llegado hasta mí. Id á traer el señor duque de Enghein, señoras, y volved con él.

Las dos mujeres se retiraron del lecho dirigiéndose á la puerta; pero volviéndose una para asegurarse de la certeza de esta orden, á una señal que confirmaba las palabras de su señora ó de la que ocupaba su puesto, salieron de la habitación.

Canolles las siguió con la vista, hasta que cerraron la puerta. Entonces volvió sus ojos centellantes de júbilo hacia la fingida princesa.

— Veamos, dijo ésta incorporándose y cruzando las manos; veamos, señor de Canolles, ¿por qué me perseguís así?

Y esto diciendo, miraba al joven oficial, no con la mirada altiva de princesa que había ensayado sin éxito, sino por el contrario, con una expresión tan interesante y expresiva, que todos los pormenores hechiceros de su primera entrevista, todos los episodios trastornadores del viaje, todos los recuerdos de aquel amor naciente, en fin, brotaron en tropel, envolviendo como embalsamados vapores el corazón de Canolles.

— Señora, dijo éste dando un paso hacia la cama, yo persigo en nombre del rey á la señora princesa de Condé, y no á vos, que no sois la princesa.

La persona á quien estas palabras se dirigían dio un pequeño grito, palideció, y apoyó una de sus manos sobre su corazón.

— ¿Qué queréis decir, caballero! ¿Quien os figuráis que soy? exclamó.

— ¡Oh! en cuanto á esto no me sería muy fácil explicarlo; pero casi me atrevería á jurar que sois el más precioso vizconde, si no fuerais la más adorable vizcondesa.

— ¡Caballero! dijo la fingida princesa, esperando imponer á Canolles recordándole su dignidad; ¡caballero, de todo cuanto me decís sólo comprendo una cosa, y esta es que me faltáis al respeto, que me insultáis!

— Señora, dijo el barón, no se falta al respeto á Dios adorándole, ni se insulta á los ángeles arrodillándose ante ellos.

Y á estas palabras, Canolles se inclinó como para arrodillarse.

— Caballero, dijo vivamente la vizcondesa deteniendo á Canolles; caballero, la princesa de Condé no puede sufrir...

— La princesa de Condé, señora, respondió él, va á estas horas sobre su buen caballo en compañía de Vialas su escudero, el señor de Lenet su consejero, sus caballeros, sus capitanes y todos los de su casa, en fin, por el camino de Burdeos, y no tiene nada que ver con lo que pasa ahora entre el barón de Canolles y el vizconde ó la vizcondesa de Cambes.

— ¿Qué estáis ahí diciendo, caballero? ¿Estáis loco?

— No, señora. Yo no digo más que lo que he visto, ni refiero más de lo que he oído.

— Entonces, si habéis visto y oído lo que decís, debe estar terminada vuestra misión.

— ¿Lo creéis así, señora? Ya no tengo más que hacer que volverme á París y confesar á la reina que, por no desagradar á una mujer que amo (no arméis así de cólera vuestros ojos, yo no miento persona), que por no desagradar á una mujer que amo he violado sus órdenes, he